

# La inocencia perdida

## EL LUGAR DONDE ESTUVO EL PARAISO

Por Carlos Franz  
(Planeta)

EN el verano de una selva, el cónsul no deshace su valija por temor a emborracharse. Viaja para permanecer y así “vivir en el exterior”. Pero en ese poblado, “la vida brotaba para pudrirse enseguida, aplastada por su propia exuberancia”.

¿Es Conrad? ¿Se trata de un manuscrito desconocido de Graham Greene? ¿Paul Bowles se cansó de Tánger y fue en busca del paraíso occidental? ¿O es Malcolm Lowry en cuarentena hasta el final de la novela, cuando las botellas de whisky están junto con los destinos de los personajes que atesoran esta historia de perdedores de la inocencia? Ninguno de ellos. Es Carlos Franz, un chileno que también perdió definitivamente la inocencia. Con su anterior novela, *Santiago Cero*, todavía la conser-

vaba. Lejos de Santiago, Carlos Franz realizó un largo viaje (o espera) hasta llegar a Iquitos, ciudad central de *El lugar donde estuvo el paraíso*. Es allí donde el cónsul pasa una temporada feliz junto a una mujer que ama, aunque sostiene esa pasión con el engaño. Julia era de “esas personas que sufren a un brazo de distancia de sí mismas”. Sostuvo al cónsul en sus peores momentos de ebriedad, hasta que logró enderezarlo sin cambiar su rumbo.

La novela comienza (no tan bien como continúa) con la llegada de Anna, la hija del cónsul que es quien cuenta esta historia. Como narradora, es una mujer demasiado fetichista para parecerlo. ¿Pero acaso un escritor deja de ser hombre para narrar en primera persona del femenino? Podría decirse, para no entrar en la eterna discusión del sexo del género, que Anna, en primera persona, cuenta lo que Franz ha escrito para ella.

Joven y con ganas de amar —a su padre o al hombre que su padre traiciona—, Anna busca su

destino lejos de su madre. Viaja a Iquitos a los diecinueve años, en una edad cumbre “de las que luego uno decrece para entrar en el mundo en el que le toca vivir”. El encuentro con su padre es de gran cariño y constante reproche. La exigencia de mayor atención por parte de la hija se incrementa cuando aparece Julia, la futura esposa del cónsul. Una



Franz

mujer tan sensata que hasta irrita por su falta de malicia a una hija que busca razones para eliminar a cualquier mujer que tuerza el destino azaroso de su padre.

El hombre que enciende el conflicto es un tal Enrico, sospechoso de todo tipo de cosas: amar, traficar, ser un revolucionario.

Según Anna, Enrico “tenía esa virtud paradójica de los desagradados: una siempre está en deuda con él”. La deuda era previa a la llegada de Anna a Iquitos y a pesar de no ser ella quien la contrajo, sí desencadenará su pago. De este modo se vuelve víctima de su empeño por revelar la verdad. Pero en esas tierras y entre esos personajes literarios (o cinematográficos, léase Huston) la verdad es una herida que sólo se cura con alcohol.

Entre pasiones a punto de desfallecer y traiciones desconocidas, la novela revela un paisaje feroz y hedónico, la selva, atravesada por un río “afiebrado”. Allí sucede esta tragedia sin atributos. Como dice Anna en medio de la tormenta: “Las desgracias que nos despiertan en mitad de la noche, nos devuelven al mundo un décimo más acelerado que nuestra inteligencia”. Es probable que Carlos Franz haya dado con esa aceleración.

S. H.

© LA NACION